

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación

Discurso del Ilmo. Sr. Decano Dr. D. José Francisco Serrano Oceja
Festividad de San Isidoro de Sevilla
30 de abril de 2008

Sub nomine Christi redemptoris nostri.

Excelentísimo y magnífico señor Rector honorario y profesor emérito de nuestra Facultad, ilustrísimos señores Vicerrectores, Ilustrísima Secretaria General, amigos decanos, querido equipo decanal, directores de departamento, coordinadores de titulación, distinguidos profesores de la Facultad, alumnos, premiados, amigos todos,

Sub nomine Christi redemptoris nostri. Así comenzaban los textos clásicos de cesión de propiedad en la Castilla eterna. Así he querido iniciar este discurso en conmemoración del santo Patrono de nuestra Facultad, san Isidoro de Sevilla. Este texto tiene la pretensión de sintetizar el tiempo, los afanes y los días, la razón y las razones que subyacen al rumbo de nuestros desvelos académicos.

Permitidme que inicialmente remede el grito que, a comienzos del siglo XX, Edmund Husserl lanzó al mundo del pensamiento: “A las cosas mismas”. Hoy pretendo invitaros, en esta compleja etapa universitaria que nos ha tocado vivir, en este proceso de cambio no siempre querido y deseado por todos, ni por muchos, que unamos nuestra voluntad, la vocación universitaria que nos funda y que legitima nuestra presencia, en esta casa que tanto significa para nosotros, a “Ir a las cosas mismas”. En 1939, un filósofo y publicista español dirigió también parecida invitación a los habitantes de la otra España. Quizá nos ayuden sus palabras en esta hora. Dijo: “Déjense de cuestiones previas personales. Abran el pecho a las cosas, a ocuparse y preocuparse de ellas directamente y sin más, en vez de vivir a la defensiva, de tener trabadas y paralizadas sus potencias espirituales”. Unamos por tanto nuestras voluntades y no olvidemos el consejo de santo Tomás de Aquino: “Los seres que tienen voluntad se llaman buenos en cuanto tienen buena voluntad, pues por la voluntad usamos de cuanto hay en nosotros, y por eso no se llama bueno al hombre de gran entendimiento, sino al que tiene buena voluntad” (I, q. 5, a. 4, ad. 3)

Durante este curso hemos vivido un singular proceso histórico. Alguna vez pensé que era cierto lo que leí un día a Juan Ramón Jiménez: “Me entristece el hoy, pero me alegra el mañana”. Más de una veintena de reuniones entre catedráticos y profesores, entre directores de departamento y coordinadores de titulación, entre los responsables académicos de nuestra Facultad y los de las Facultades hermanas de las Universidades de la Fundación Universitaria san Pablo CEU, cardenal son cualificadas evidencias de un esfuerzo de cooperación sin igual para afrontar el reto de los nuevos planes de estudio en el campo de la comunicación y de las humanidades. La sinfonía de aportaciones es garantía de lo que hemos construido. En vano hubiéramos podido edificar sin la generosidad de todos, sin la abandonada pretensión de querer imponer lo de cada uno; sé, por experiencia, que ha habido horas para ceder; horas para aportar; horas para clarificarnos; horas para dudar; horas para asumir la responsabilidad; horas para recordar, ante las intromisiones, el evangélico sí y el también evangélico no. No se trataba de repetir el pasado; no se trataba de poner de moda la polémica entre lo antiguo y lo nuevo. No, hemos construido una comunidad de saberes y de experiencias y ahí están los frutos. Paradoja sobre nueva paradoja, recuerdo haber oído que en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el gran pedagogo Víctor García Hoz dijo que “nunca como hoy ha dispuesto la educación de tantos medios y recursos y, sin embargo, nunca como hoy el descontento, en el mundo de la educación, ha sido mayor y tan generalizado”.

No pocos se preguntarán o se seguirán preguntando si, además del natural contraste entre intereses, siempre legítimos, existía una idea, una concepción implícita de la comunicación, del profesional de la comunicación, del humanista, que diera forma a esta materia ingente de posibilidades con las que contamos. Quizá alguno se hiciera la pregunta que el filósofo neoplatónico Proclo propusiera al inicio de su trabajo "Elementa Theologica": "Toda multiplicidad participa de alguna manera del uno. ¿Sí o no?" ¿Cuál es el primer principio, si lo hubiera, que ha dado forma y dará a nuestros desvelos, a nuestro específico método de enseñanza en la Facultad? ¿Acaso un concepto de las Humanidades? ¿Acaso uno de la Comunicación? ¿Acaso uno sobre el hombre? Muchos han sido los pensadores que a lo largo de los últimos siglos se han hecho la pregunta por la Gestalt en la relación de la unidad con la multiplicidad. Recuerdo ahora una frase de la mística alemana contemporánea Adrienne von Speyr que viene al caso: "El núcleo de lo esencial pasa usualmente por el corazón de lo inesencial".

Tiempos complejos, inciertos. Conviene pues acompañarse de los maestros, aunque haya que invitar a Diógenes para que con su lámpara encuentre la huella de un maestro. Cuántas veces he leído y releído, quizá para compensar la sequedad medioambiental, un libro precioso que Romano Guardini escribió, también, como descargo de algo más que su conciencia en tiempos de aridez de humanidad.

Afirma el maestro de Múnich en sus "Apuntes para una autobiografía": "Nunca hubiera podido aceptar una tarea semejante, y no por presunción, sino más bien porque estaba firmemente convencido de que una actividad de docencia académica sólo podía partir de una búsqueda de la verdad metódicamente clara. Ciertamente debía servir de ayuda a los oyentes, pero sólo en virtud de la fuerza de la verdad buscada por sí misma".

Ésa es la clave y no otra. Una incesante, constante, apasionada y apasionante, búsqueda de la verdad de las cosas en todo el proceso de elaboración del futuro académico de la Facultad. Una búsqueda de la verdad en el santuario de la verdad, que es la Universidad, por más que los nuevos bárbaros con las armas de una tecnocracia infausta se hayan atrevido a invitarnos a actos sacrílegos de pensamiento. Una búsqueda de la verdad metódicamente clara, apoyada en la fuerza de la verdad buscada por sí misma. Con la Iglesia, y yo creo que sólo en la Iglesia de Jesucristo, y con la Universidad, que nació del corazón pensante de la Iglesia, de la razón trascendida y trascendente purificada de las adherencias del error, y enaltecida por la historia, en la sociedad, en el mundo en el que vivimos, podemos caminar sin reparos hacia el lugar privilegiado en el que nos encontremos con la verdad.

¿Cuál es la primera búsqueda de la verdad en la tarea educativa?: la verdad sobre el hombre. ¿Cuál es la primera búsqueda de la verdad en la labor comunicativa?: la verdad sobre el hombre. ¿Cuál es la primera búsqueda de la verdad en la relación con el alumno?: la verdad sobre el hombre que tenemos ante nosotros, que se nos ha confiado para que le acompañemos en ese itinerario de verdad que indudablemente configurará su existencia, al menos, en los proyectos de su vida. Por más que nos digan que la verdad no existe y que no se puede alcanzar o vivir, ¿quién es el ingenuo que a la hora de proyectar su futuro no lo hace con los presupuestos de la verdad de su vida, de sus posibilidades? Allá él, en caso contrario. Lo que os puedo asegurar es que no hemos sido tan ingenuos de hacer esa simulación sobre lo que seremos, hacia la verdad de lo que seremos, sin la verdad de lo que somos.

Permitidme que dé un paso más: como en toda afirmación de principios, es necesario que me centre en los presupuestos de nuestra forma de entender, de trabajar metodológicamente y de presentarnos como una Facultad de Humanidades y de Ciencias de la Comunicación. Permitidme, por tanto, que me refiera a nuestra identidad, que se convierte por mor del mercado en nuestra diferencia específica, en el valor añadido de nuestra oferta académica. Y que me refiera a esos presupuestos teniendo presente que, según Heráclito, "el comprender es la suprema perfección, y la verdadera sabiduría hablar y obrar según la naturaleza", (Fragmentos, Gredos Madrid 1986, p. 33).

La naturaleza es el fin considerado como origen. La identidad es el sitio donde el regreso al origen se hace progreso hacia el fin. La perfección, para los griegos, y para nosotros, es siempre una vuelta al origen y una confirmación del principio. La naturaleza, como destino, es el fin que estaba en el origen que operaba desde él. Nada de lo que se ha hecho en la Facultad, y de lo que se hará, será en desarraigo del origen y en independencia, autonomía, del fin. Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, insistía: “El principio de la acción –aquello de donde parte el movimiento, no el fin que persigue- es la elección, y el de la elección el deseo y la elección orientada a un fin. Por eso, sin entendimiento y reflexión, o sin disposición moral, no hay elección”. Más adelante añadía: “La elección es un deseo deliberado, el razonamiento tiene que ser verdadero, y el deseo recto, para que la elección sea buena”.

A lo largo de este curso hemos tenido que hacer elecciones. Ninguna sobre la esencia de la naturaleza en progreso hacia el fin. Somos humanistas por historia, por vocación, por convicción. Somos, en una Facultad en la que la mayor parte de nuestros alumnos trabajarán en un futuro en ámbitos profesionales de la comunicación, de la información, de la publicidad o de las formas de comunicación corporativa, social o institucional, humanistas, y no podemos ser otra cosa, ni de otra forma. Pero permitidme una reflexión sobre en qué consiste nuestra cualidad de humanistas.

¿Acaso en la cantidad de humanidades? ¿Acaso en la procedencia de nuestras titulaciones de origen? No. Hablar de humanismo, de humanidades, y de humanistas, significa afirmar un “ideal humano y de lo humano”, una concepción de hombre, una antropología conducente, como diría en A. N. Whitehead en su libro “Los fines de la educación y otros ensayos”, a conseguir cabezas bien hechas y no bien llenas. Aquí es donde radica la acreditación que asumimos y de la que presumimos en nuestra Facultad: nuestros estudios son humanistas porque sostenemos como presupuesto indiscutible un ideal de hombre, de humanidad. Y lo hacemos a sabiendas de que nos encontramos en una sociedad, en un sistema universitario, en un sistema cultural, en donde el supermercado de ideales humanistas prolifera como los hongos.

No nos podemos llevar a engaño. No todos los humanismos, ni las concepciones de las humanidades, son iguales, tiene el mismo valor. Lo que más me preocuparía del presente y del futuro de la Facultad no son las, insisto, legítimas reivindicaciones, principalmente de Escuela, sobre las metodologías de las ciencias humanas y de las ciencias de la comunicación, sino una especie de poliformismo de concepciones sobre el hombre, de enfoques de las humanidades y de la comunicación, que produjeran en nuestros alumnos una confusión tal que no se percibiera la gestalt formativa en nuestra Facultad. Mis palabras no son una afirmación de la uniformidad, ni mucho menos. Son una invitación a la pluralidad intrínseca en lo real, y a la creatividad nacida de esa común-uniión de ideal de persona.

Como siempre he tenido como principio el procurar no engañarme ni engañar a los que me rodean, seré más explícito. Nuestro humanismo, por naturaleza y por fin, no es, ni puede ser, otro que el humanismo integral cristiano. El humanismo del P. Ángel Ayala, el humanismo de don Ángel Herrera Oria, el humanismo de Manuel Graña, que en ese primer manual de periodismo y en ese primer plan de estudios de la Escuela de periodismo del Debate –que intensamente he analizado en estas fechas pasadas- formuló la imprescindible configuración humanística en las asignaturas específicamente de periodismo. Nuestro ideal humanista es el de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, el humanismo de la gran Tradición de la Iglesia. Benedicto XVI ha dicho recientemente en su visita a Estados Unidos: “La misma dinámica de identidad comunitaria —¿a quién pertenezco?— vivifica el *ethos* de nuestras instituciones católicas. La identidad de una Universidad o de una Escuela católica no es simplemente una cuestión del número de los estudiantes católicos. Es una cuestión de convicción: ¿creemos realmente que sólo en el misterio del Verbo encarnado se esclarece verdaderamente el misterio del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22)? ¿Estamos realmente dispuestos a confiar todo nuestro yo, inteligencia y voluntad, mente y corazón, a Dios? ¿Aceptamos la verdad que Cristo revela? En nuestras universidades y escuelas ¿es “tangible” la fe?”. Si queremos entender en qué consiste una filosofía cristiana de la educación, de las humanidades educadores, la primera tarea es intentar precisar la idea cristiana de hombre.

Hablamos de formación humanística en nuestras titulaciones cuando utilizamos un superior concepto de formación: la búsqueda de esa plenitud en los educandos que abarca desde la posesión de un conjunto de conocimientos, pasando por la formación de un juicio y concluyendo con el ejercicio de las virtudes individuales y sociales. La perspectiva humanística es, ante todo, no un almacén de datos, ni un enciclopedismo estéril, es una “estructura cognoscitiva” y moral.

Esa forma de conocimiento, y de conciencia moral, será nuestra reserva contra la improvisación revolucionaria de la tecnocracia al uso. No se trata aquí de defender el inmovilismo; el tesoro de nuestro ideal de Humanidad, y de las humanidades que articulan ese tesoro, es tan rico que cabe encontrar en él iniciativas, innovaciones múltiples; pero siempre en las raíces, las raíces de nuestro ser, de nuestra textura de lo humano. Estas posibilidades de innovación serán la garantía ante un futuro cierto de apuesta por el ideal de humanismo integral cristiano. Indudablemente habrá cambios; habrá reformas. Implicarán el esfuerzo que ya hemos apuntado en el inicio de la empresa universitaria en la que estamos inmersos; mediante el esfuerzo, antes, ahora y siempre, conquistaremos lo que somos. Hemos elegido, aquí, en esta institución privada, la vía del sacrificio generoso de nuestro tiempo y de nuestras capacidades. Otros han elegido otras vías, quizá de otra naturaleza y de otro orden. Respetamos y respetaremos la libertad.

Don Manuel García Morente, en un memorial ensayo sobre la vida privada, puso las bases de la construcción de la identidad con la siguiente invitación: “Basta con querer ser lo que realmente se es, sin dejarse sobornar por lo que “se” dice, “se” piensa, “se” siente, “se” cree; basta con resolverse enérgicamente a aquilatar en la intimidad del yo las mercancías que circulan por los bazares colectivos”.

Los griegos llamaban katharsis (purificación) al estado del espíritu después de haber contemplado la tragedia. Es, como dice Johan Huizinga, en su excelente libro “Entre las sombras del mañana. Diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo”, el silencio del corazón. La purificación del alma cuando ha comprendido la causa profunda de las cosas, purificación que nos prepara de nuevo para los actos del deber. Para la purificación espiritual que nuestro tiempo necesita hace falta un nuevo ascetismo. “El nuevo ascetismo –señala nuestro autor- tendrá que ser una entrega de sí mismo a lo supremamente concebible. Ello no puede ser ni el Estado, ni el pueblo, ni la clase, ni la propia existencia personal. Felices los que en ese supremo principio sólo ven el nombre de Quien dijo: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida””.

Queridos amigos, firmo y sello, ut supra, esta carta de autenticidad. Gracias a todos por vuestra ayuda, quedo, como siempre, a vuestra entera disposición,

He dicho.